

Justitia elevat gentes; Miseros autem facit populos peccatum. —Prov. XIV 34.

LA ULTIMA HOJA

El jueves próximo arrancaremos la última hoja del calendario de 1908.

Los días, buenos ó malos de ese período de nuestra vida, han pasado para no volver.

Hemos dado un gigantesco paso hacia la eternidad.

Y el volumen de la historia de nuestra vida encerrará los hechos que hayamos llevado á cabo, tal y como hayan sido, sin alterarlos ni disculparlos.

Dichosos aquellos que hayan merecido que sus hechos, escritos por el Angel de su guarda, estén consignados con caracteres de oro.

Dichosos los que encuentren perfumadas las páginas de ese libro, con el aroma de las virtudes cristianas.

Los que hayan escrito con sangre la historia de sus amarguras, pasadas, en secreto, al pie de un Crucifijo.

Los que hayan dejado escritas con lágrimas páginas de dolor, pero de dolor cristiano, resignado y humilde.

En cambio, dignos son de compadecerse, los que tienen las páginas de su historia en blanco, porque ellas le acusarán de haber vivido inútilmente, no haciendo nada por la causa de Dios.

Para que una hoja de servicios sea honrosa al militar, no basta que esté limpia; es necesario que contenga hechos heroicos, de valor y cumplimiento del deber.

Lo mismo la vida del hombre sobre la tierra; no basta que no tenga manchas, es decir, pecados, es preciso que no se deje dominar por la pereza; es necesario que sonda la indiferencia es indispensable que se acuerde que es soldado de Cristo y que con El y por El lucha para vencer con El.

Aquellos que recuerden haber llevado á cabo hechos contrarios á la ley Divina, no olviden que esas manchas pueden ser borradas con lágrimas de arrepentimiento, y que cuando se ha delinquido, no debe el culpable caer en la desesperación, sino levantarse, caminar con mayor cuidado y tratar de reparar el mal causado.

Al arrancar la última página del calendario de 1908 recordemos que algún día habrá de arrancarse la última página de nuestra vida, y que en ese momento habremos de dar cuenta á Dios de todas nuestras acciones, y escuchar palabras de eterna dicha ó de desgracia eterna.

Demos gracias á Dios por el tiempo que nos ha concedido, y procuremos emplear bien el que su Providencia á nos conceda aun.

(EL TRIBUNO CATOLICO.)

EN SOLFA.

LOS PROYECTOS DE «EL IMPARCIAL»

La noticia cayó como una bomba. «El Imparcial» deseaba fundar un asilo para señores sacerdotes. Si los periódicos hubieran dicho que el General Reyes, renunciando á la Presidencia y Vicepresidencia, y aun á las pompas y vanidades del mundo, se había metido fraile cartujo, no habría faltado quien lo creyera. Pero que «El Imparcial» fundara un asilo para sacerdotes!

A los principios nadie lo creyó; antes todos dijeron que la noticia era una prueba más de que así como el diablo, cuando no tiene que hacer, con el rabo espanta moscas, así el de las Damas, cuando no tiene con qué llenar sus ocho páginas

se entretiene en tomar el pelo á los lectores.

Pero no habían pasado muchos días cuando se supo que la cosa iba de veras, y tan de veras, que «El Imparcial» ponía á disposición el M. I. señor Vicario. Capitular el terreno necesario, y hasta los planos de futuro edificio. Entonces ya no fué imposible dudar y comenzaron los comentarios:

Las beatas gritaban á voz en cuello, «¡milagro!» porque tuvieron por milagro, y muy estupendo, que «El Imparcial» pensara tales pensamientos; los murmuradores dijeron que el diablo, harto de comer carne había metido fraile; los inaliciosos creyeron que íbamos á ver renovado en nuestros días el ejemplo de aquel D. Juan de Robres, que fundó un hospital

«Pero antes hizo á los pobres». Y otros que se tienen por tan listos que se creen capaces de averiguar cuántos pelos tiene un gato, dijeron que «El Imparcial» á punto y dado perder el camino de la Tesorería, anda buscando el camino de Damasco.

Y á todo esto, «El Imparcial» en sus trece, oyendo todas estas cosas, como quien oye llover y no se moja, y sin cejar en sus propósitos de construir un asilo para sacerdotes, y como mira que nadie le quiere ayudar, porque todos dudan de la sinceridad de sus intenciones, se ha propuesto luchar contra viento y marea, y construir el asilo, pese á quien pese.

Ya tiene el terreno en la entrada misma de la Colonia de «El Imparcial» y los planos para el edificio; ni le faltan medios para arbitrase los recursos necesarios para la construcción.

Desde luego, piensa en una gran exposición de retratos de tamaño natural, de todas las víctimas de su información, y muy especialmente de los sacerdotes á quienes ha calumniado, injuriado, vilipendiado, difamado y por mil maneras ultrajado. Cuenta «El Imparcial» con la vista de esos sacerdotes, con la sotana hecha girones y salpicada de fango; chorreando sangre y marcado el rostro con el estigma de la ignominia, excitará muy hondas simpatías y lleva á mucho dinero á sus arcas. Bien es verdad que casi todos los crímenes á ellos imputados, son de todo punto falsos; pero también es verdad que eso no lo saben los lectores de «El Imparcial», porque éste, que profesa el honradísimo (¡!) principio de que la retractación es la muerte del periódico, es primero mártir que confesor.

Para cuando esta exposición termine, porque todo termina en este mundo, piensa «El Imparcial» en dedicar «á beneficio» del asilo para sacerdotes, los dineros que le produzcan los sobretiros de los números en que relata con profusión de pormenores espeluznantes y grabados fantásticos los crímenes que «dicen que dicen» que cometen los sacerdotes.

También abrirá un concurso de novelas al estilo Ponson du Terrail, en las cuales los protagonistas sean precisamente sacerdotes. Hará una numerosísima edición ilustrada de la novela que salga premiada, y destinará el producto de la venta «á beneficio» del asilo para sacerdotes.

Con todo esto, fácil es calcular que, cuando no se reuna el capital necesario, para la construcción del Asilo, poco será lo que falte, y ese poco se reunirá fácilmente con que alguna Compañía dramática represente, «á beneficio» del Asilo, esa mezcla de falsa piedad y lujuria que Rusínol bautizó con el nombre de «El Místico».

¿Y cuál será el nombre del Asilo? ¿Se llamará, lisa y llanamente «Asilo para Sacerdotes»? No; este nombre estaría bien para un asilo común y corriente, pero no para un asilo ideado, proyectado, caca-reado por «El Imparcial» y construido con dinero amasado con sangre y honra y fama de sacerdotes. Un asilo de esta naturaleza, ya en otra ocasión lo dijimos en este periódico, no se puede llamar sino: «Hacéldama».

Ni basta con ponerle el nombre con letras bien grandes y bien gordas, es preciso, además, poner un bajo relieve, que represente á «El Imparcial» en traje de «Don Juan Tenorio», diciendo á los asilados:

No os podéis quejar de mí, Sacerdotes que infamé; Si buena fama os quité, Buen asilo os construí.

HERMOGENES.

El Deseado de las Naciones.

Después de una noche de cuarenta siglos, al fin se dejó ver sobre el horizonte de este mundo el esplendente Sol de Justicia, cuyos brillantes rayos iluminan á todo hombre que viene á este mundo.

Durante aquella pesada y larga noche aparecieron algunos meteoros luminosos, los inspirados profetas, que venían á reanimar con su palabra de fuego, las esperanzas de la pobre humanidad.

¿Quién será capaz de narrar cómo es debido, la historia de los infortunios de los hombres durante esos cuarenta siglos? Baste decir que en todo ese tiempo los hombres experimentaron «cuán malo y cuán amargo es haber ofendido al Señor», y que sintieron sobre sí todo el peso de las funestas consecuencias del pecado.

Pero en el corazón de todos los hombres estaba depositada, como perla preciosísima, la dulce esperanza de un futuro Redentor; esa esperanza, en unos pueblos, jamás perdió su gigante magnitud y su indefinible encanto; pero en otros, á consecuencia de la misma corrupción de costumbres, quedó como envuelta en un sudario de mitos y de fábulas: sin embargo, no se perdió por completo, aunque sí quedó desfigurada.

¿Cuánto consolaba á los hombres saber que un día un Libertador insigne, un Redentor amabilísimo, vendría á enjugar tantas lágrimas como los hombres habían derramado, y decir á la humanidad:

«Sal afuera» para que se levantara del sepulcro de tantas miserias y de tantas desgracias como lo habían afligido! Todos esperaban una edad de oro, todos volvían sus miradas al Oriente, esperando que de allí les vendría el consuelo; y los profetas atizaban esta idea dulcísima, esta esperanza consoladora; y los filósofos la vislumbraban en sus enseñanzas y los poetas la cantaban en sus versos, y los pueblos la encarnaban en sus teogonías, y todos procuraban no perder de vista esa promesa, porque era la única que pondría un término á la cadena de sufrimientos que todos los hombres arrastraban.

Y al fin apareció aquel á quien mucho habían deseado; Aquel era el objeto de los raticinios, de los profetas y de los suspiros de los patriarcas; y apareció, no como lo esperaban los judíos, sino como realmente debía aparecer para curar el cáncer de la humanidad y las asquerosas llagas de los hijos de Adán.

No se presenta ostentado el fausto de los reyes terrenos, ni blandiendo una formidable espada, ni amedrentando á los pueblos con la destrucción y el exterminio, ni dominando á los hombres por el poder de las armas, sino que nace pobre en un establo, y es envuelto en pobres pañales, y su madre una humilde y pobre doncellita, y su padre estimativo un honrado y pobre carpintero.

Así convenía que apareciera el Deseado de la gente; porque sólo así podía hacer á los hombres todo bien que ellos necesitaban. Si estaban perdidos por el amor á las riquezas. El debía enseñarles el desprendimiento de todo lo terreno y caduco; si los había hundido en la abyección el infernal apego á los placeres prohibidos, El debía enseñarles con su ejemplo la mortificación; si la soberbia, sobre todo, había sido la causa de todos los males, este vicio detestable sólo podía curarse con la enseñanza práctica de la humildad más profunda.

Bien podía Jesucristo haber nacido en espléndido alcázar, rodeado de todo aquel lujo y de aquel fausto que rodea á los reyes; pero entonces ¿cómo habría enseñado á los hombres que todo el fausto y riqueza de la tierra es vanidad de vanidades, y todo vanidad?

Bien podía Jesucristo hacer que sus santísimos padres, María y José, hubiesen no sólo heredado, sino conservado el trono de David, su padre, pero no lo quiso, porque así no habría enseñado que toda la gloria humana es como la flor del campo, y si no hubiera nacido en medio de tanta humillación y de tanto abatimiento, no habría conseguido que los hombres buscasen primero el reino de Dios y su justicia, y que tan sólo esperasen por añadidura todas las demás cosas.

Vino, pues, el Deseado de las naciones, como debió haber venido, del único modo que podía atraer y captivar el corazón de los hombres; por esto desde luego los sencillos pastores fueron al pesebre á prosternarse y á adorar á su Dios y Señor; por esto los reyes vinieron del Oriente y le ofrecieron ricos dones en testimonio de respeto, de obediencia y de amor; por esto los pueblos todos que han visto la majestad y la gloria del Altísimo, á través de tanto desamparo y de tanta pobreza, han venerado con sin igual ternura, aquel lugar santo en donde apareció en forma de niño, el Hijo eterno del Padre.

Desde entonces los hombres tienen á la pobreza, como la más envidiable de todas las riquezas; desde entonces ven los placeres como lo más vil y lo más despreciable; desde entonces la humildad es el tesoro más rico que los hombres pueden poseer.

La transformación del mundo se operó debido al nacimiento del Hijo de Dios y al modo con que se presentó al hacerse hombre.

¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

La grande obra del poder de Dios.

No podía ser de otra manera. Escogida por Dios desde la eternidad, para que fuera Madre del Inocente, María debía ser toda pura, toda santa, y en Ella no podía haber ni siquiera una leve sombra de pecado.

La que iba á ser el lazo de unión entre Dios y el hombre, la que iba á demostrar todo lo que Dios puede en el orden de la gracia, la que iba á suministrar la carne y la sangre

con que el hijo de Dios había de salvar á los hombres culpables, la que iba á ser exaltada sobre todos los coros angélicos, la que, en fin, iba á plastar para siempre la cabeza de la orgullosa serpiente, ¿podía estar manchada con el pecado? Imposible!

Dios pudo preservarla de la mancha del pecado: convino esta preservación, porque en ella iba interesado el honor divino: luego el Señor lo hizo.

Dios, infinitamente puro, tiene infinito horror al pecado; al unirse con el hombre, no había de unirse con el hombre delincuente y culpable: esto repugna á la santidad de Dios; debía unirse hombre libre del pecado, exento de la culpa: sin pecado, pues, debía estar aquella Mujer por medio de la cual se había de hacer hombre.

María iba á mostrar al mundo los tesoros de la gracia, la grandeza de la divina misericordia, todo lo que Dios puede en orden á la santificación de la criatura, y por cierto que nada de esto habría sucedido, si Ella hubiera sido concebida en pecado.

Carne pura y sangre inmaculada debía tomar Aquel que venía á sacar á la estirpe de Adán de la sima oscura del pecado, Aquel que venía á romper las ligaduras de la culpa, Aquel que venía á reparar con su fuerza y santidad todos los males que causó al mundo una criminal desobediencia; y María, si hubiera sido concebida en pecado, no habría suministrado al Hijo de Dios una carne y una sangre, tal como se necesitaba para que cumpliera su misión misericordiosísima. La carne de Jesús, dijo San Agustín, es la carne de María; y si la carne de María hubiese estado manchada, manchada también habría estado la de Jesucristo, y esto repugna á la fe y al sentimiento cristiano.

María, sin ser inmaculada, no habría podido ostentar en su frente una diadema que deslumbrara á los ángeles, y que los hiciera confesar, que no sólo lleva en su ser una pureza tan grande como la de ellos, sino inmensamente mayor de la que ellos tienen, y que por esto con justicia fué proclamada su Reina y Señora.

¿Y podría dejar de cumplirse la amenaza que hizo el Señor á la serpiente? La palabra de Jehová, empeñada en el paraíso, ¿quedaría sin efecto? ¿Faltarán los cielos y la tierra, pero la palabra de Dios no faltará! Y Dios había dicho á la serpiente: «Ella quebrantará tu cabeza.» ¿Y cómo habría podido María quebrantar la cabeza de la serpiente, si hubiera sido un momento siquiera la esclava de la bestia inferna?

Y para Dios no es imposible crear una Madre digna de El, una Madre que refleje sus infinitas perfecciones, y especialmente santidad y pureza, puesto que Dios, ante todo, aborrece el pecado, y el pecado es al único que aborrece; y sólo no es imposible, sino que le es sumamente fácil; y no sólo sumamente fácil, sino altamente conveniente.

En efecto, si la Madre de Dios hubiese sido concebida en pecado, el Espíritu orgulloso, el Espíritu altanero, que desde su rebelión está siempre en guerra con el Altísimo, podría gloriarse, ufano, de haber tenido bajo su planta, un momento siquiera, la cerviz de la madre de Dios; podría decir el demonio al Señor: María, antes que mi vencedora, fué mi esclava; antes de que Ella me humillara, yo la humillé primero; antes de que Ella hiciera rodar hechos pedazos, mi corona y mi cetro, yo manché su frente y